



## **PREGÓN DE SAN BENITO**

**Francisco Caro Moreno**

**Mayordomos de San Benito**

**Mariano Gil Pérez y Ana Caro Moreno**

**El Cerro de Andévalo, mayo de 2007**

Gracias Juan, gracias por tu amable presentación y tus palabras de aliento, y aprovecho para felicitarte públicamente por tu pregón del año pasado que nos vino a recordar el sinfín de símbolos que tiene nuestra fiesta. Y tu deseo de que siga siendo intimista y respetada.

Un gran pregón.

Felicidades sinceramente.

Por mi parte decir que, después de unos años de ausencia, no me resulta fácil controlar las sensaciones y el hormigueo que me produce este encuentro en Santa M<sup>a</sup> de Gracia.

¡San Benito, siento que tu mano toca mi espalda y me tranquiliza!

Me siento como un peregrino que conoce su pueblo, sus callejones y plazas, acompañado hoy de hermanos y paisanos que me arropan.

Tuve la suerte de nacer y pasar mi juventud en un pueblo recio y honesto, en el que cada una de sus casas, tiene una puerta que siempre se abre. EL CERRO.

Mas tarde, no volvería a vivir el calor de su ambiente sino a retazos, pero la ausencia temple el alma y los que como yo un día partieron, sabrán que en su corazón está presente no sólo su patrón San Benito sino el calor de sus gentes sencillas y generosas.

Este noble pueblo, es mi pueblo.

¡¡ VIVA EL CERRO!!



Bueno, por si no lo había dicho antes.

Buenas noches.

Buenas noches a todos, Junta de Gobierno y Sr. Presidente, Padre Santiago, Cura Párroco de esta casa y director espiritual de la Hermandad de San Benito Abad.

- Autoridades
- Mayordomía
- Hermandades que nos acompañan
- Y sambeniteros todos

Quiero en primer lugar agradecer a los que han hecho posible sea yo el pregonero de este año de 2007, a los mayordomos, Ana, mi querida hermana mayor, Carmelo, desde que era un niño como otro hermano para mí.

Gracias a los dos por haberme regalado esta noche y este año incomparable de emociones.

Mis gracias más especiales para los que han soportado durante el tiempo de gestación de este pregón, en verano, en invierno, bajo cualquier temperatura, la lectura de sus párrafos y mis dudas sobre como abordarlo, que no han sido pocas. Gracias por su abnegación.

Y gracias a todos los presentes por vuestra comparecencia. No podía ser de otra forma.

Santa M<sup>a</sup> de Gracia llena. Porque todos sentimos y amamos intensamente nuestra fiesta, lo llevamos muy dentro, y todos hoy nos sentimos movidos por la misma campana de aviso, que nos llama, nos exalta y nos acelera el pulso. Después del particular pregón que los mayordomos nos brindan con el Aviso General.

“LLEGA LA ROMERÍA”

Esperada y preparada durante todo el año.

El culmen de este complejo ritual.

Cuando supe que yo era el pregonero elegido para anunciar la romería de este año, me sorprendí.

Tengo que decir que mi sobrina primogénita Carmen, hija de los mayordomos, fue quien hizo que me rindiese a tal honor, ¿Cómo negárselo?

La propuesta me ilusionaba, pero a la vez me aterraba.

Reflexionando pensé:

*“Para ser pregonero el único requisito es AMAR lo que se pregona, sentir la fuerza interior dentro de mí, de vocear lo que siento y pienso”*

Escribir mejor o peor es lo de menos.

En mi condición de pregonero o simplemente como un humilde sambenitero me preguntaba qué contenidos proyectar en el pregón. Y acudieron a mi mente las palabras:

**FE SAMBENITERA y COMUNIDAD**

Comunidad como la que aquí se siente y fe sambenitera, la que vive cada cerreño en soledad y en su interior.

Fe sambenitera que no espera medalla ni reconocimiento, la que brinda siempre la ayuda en el gesto y no en el nombre que tanto nos tienta.

El buen sambenitero tiene un espejo en el que mirarse que es su Santo, el que nos dice alto y claro que todos necesitamos de todos, que ningún hombre es una isla.

Desde aquí, sirva mi palabra para proclamar que todos somos necesarios para vivir esta llamada, este peregrinaje que mezcla lo festivo y lo religioso, lo humano y lo divino.

Esa voz anónima y desgarrada que brota espontánea en un VIVA EL MAYORDOMO.

Esos mayores y niños que nos despiden en la plaza.

Vosotros, cabresteros, que con paso acelerado y corazón desinteresado, decís sin palabras:

¡Aquí tienes mis brazos y manos abiertas  
mi esfuerzo, para alzar a la jamuga  
a esa bella dama de tu casa  
que a mi cuidado confías MAYORDOMO!

Todos somos necesarios  
Todos somos importantes  
porque el trabajo en grupo y la fe  
detiene todos los golpes

Esta es la verdadera grandeza de nuestra romería.

El año ha sido intenso. Las bandas suponen conocer mejor a las personas y ver las cosas desde otro punto de vista diferente.

Para mí ha resultado un tremendo cúmulo de sensaciones y emociones, y una idea constante en la cabeza, ilusionante desde el primer momento, al sentir de cerca la ocasión, de ser testigo y parte del cuidado de esta joya.

Esta joya que es legado condensado de toda la vivencia de esta tierra acumulado durante años y años, y hasta siglos.

¿Pero cómo hablar de tantos siglos de historia?

Ochocientos años de ermita, otros tantos de culto, San Antón, San Benito, su regla, su medalla, su misterio, su campo, su importancia.

Cómo hablar sin muchas respuestas que el tiempo ha ido borrando.

La tradición, milagrosamente ha pervivido en el tiempo, pero el tiempo borra la memoria y las preguntas se agolpan.

¿En qué momento se prendió esta llama, y qué chispa le dio lumbre?

¿Cuándo y por qué se nos ocurrió inundar los caminos del Andévalo de bandas, jamugas y lanzas?

¿Que atracción nos llevó a aquella primera oración de despedida en la cruz del llano?

¿Desde cuándo los pasos que fueron secando la hierba de esa vereda que lleva hasta el alto?

¿Qué gratitud tan grande sentirían los habitantes de esta tierra con el Santo Benito? Para comprometer este regalo anual y no faltar salvo causas mayores a la promesa.

Promesa que fue forjando una senda rebosante de magia.

Unos símbolos y una magia que hoy vemos multiplicada con la perspectiva que dan los siglos y que contrasta con la vida de hoy, tan distinta, tan rápida... tan ajena...

Pero la esencia del hombre debe de seguir siendo la misma, pues aquí, seguimos cumpliendo con los mismos ritos año tras año.

Aún hoy, el viejo atajo de herradura que nos une con el alto sigue siendo el mismo.

Porque este veterano pueblo sabio se resiste a las modas y estilos.

Aquí, seguimos agarrando con fuerza una silla para lanzarla hacia arriba y que llegue a su jamuga, silla cargada de galana, galana cargada de sedas, plumas, oro, hilo fino y mucha historia; para cumplir año tras año esa promesa.

Promesa de camino viejo cuajado de símbolos, que nos separa y nos acerca, y que lleva marcando nuestras vidas desde hace tantas y tantas generaciones que no se conoce el origen, la memoria del hombre no alcanza.

Pero aún sin memoria, sin la inspiración primera, se sigue cumpliendo el rito que nos exalta los sentidos.

Hoy, con mi humilde pregón, tengo la oportunidad de ser el interruptor que ponga en marcha el motor de estos sentidos.

¡“OJALA”! Pueda dejar a San Benito, la hermandad y a esta vieja tradición en el lugar de honor que le corresponde y ocupa.



## Recuerdos

Tres recuerdos para tres días.

Días especiales, singulares. Tres días distintos al resto de los días. Y tres recuerdos grabados en la memoria de niño. Si como dijo Valle Inclán, *“las cosas no son como son, sino como se recuerdan.....”*  
Así las recuerdo.....

Me gustaría que viajarais conmigo. Viajarais conmigo en el tiempo, para retroceder hasta un sábado de romería de nuestra infancia. Y lo vamos a hacer sobre uno de los sonidos más antiguos que el hombre conoce. Ahora, con el cuerpo y el espíritu ya preparado por estos toques. Desde que comenzó con la vigilia nuestra particular primavera, la primavera de El Cerro; subiremos en calesa de un aroma, el de la miel, la miel caliente, nuestra miel de jara sobre los dulces caseros recién fritos.

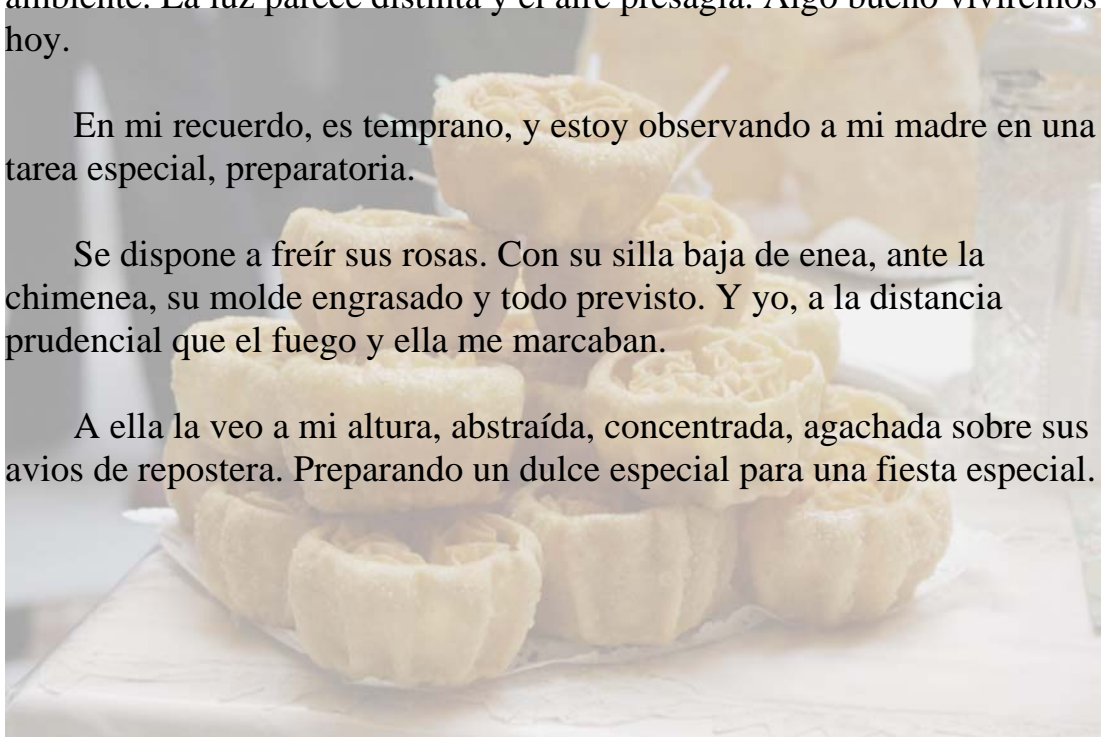
Una esencia primordial que alimenta el sentido y nos hace viajar en el tiempo, ligeros de equipaje, avivando recuerdos y acortando distancias.

Esta vez, ese aroma me ha dejado en la estación de los seis o siete años en una mañana del sábado de la salida, mañana distinta y nueva desde que amanece. Una mañana de un gran día. Se nota, se respira en el ambiente. La luz parece distinta y el aire presagia. Algo bueno viviremos hoy.

En mi recuerdo, es temprano, y estoy observando a mi madre en una tarea especial, preparatoria.

Se dispone a freír sus rosas. Con su silla baja de enea, ante la chimenea, su molde engrasado y todo previsto. Y yo, a la distancia prudencial que el fuego y ella me marcaban.

A ella la veo a mi altura, abstraída, concentrada, agachada sobre sus avios de repostera. Preparando un dulce especial para una fiesta especial.



Mis ojos fijos en sus movimientos, en sus manos.

Después de arrimar la leña para avivar la llama, prueba el calor del aceite dejando caer una gota de la masa.

Ahora unta el molde en la mezcla líquida de huevo y harina y lo introduce muy recto en el perol.

Observo como el aceite caliente va dando cuerpo a la flor dulce que va cambiando de color hasta dorarse.

Luego, la rescata del calor que la creó y la posa sobre un plato.

La prueba salió bien y la rosa luce erguida, frágil y delicada, esperando la lluvia de miel, ante la orgullosa mirada de mi madre y la curiosa mía.

Imágenes de un día festivo grabadas en la retina como preludeo de la salida.

Luego, con esta suave tradición ya dulce. Enmelada y cubierta; comíamos temprano, cediéndole su hora habitual al encanto del cortejo.

Ese que busca la cara de los que se quedan para despedirse y amarra al revés la jamuga buscando la cara de los que le esperan a la vuelta, para derramar sobre ellos todo lo aprendido en el camino y en el alto.

Mucha magia y mucha estampa que sin entender, cautiva.

Recuerdo que ese día no podía comer tranquilo, el sonido de los cascos de los caballos en la calle, me hacía abandonar el plato y correr hasta la puerta para verlos.

Se marchaban y volvía a regañadientes a la mesa.

Nervioso, acababa de comer, “a repelón” como aquí se dice.

Y ya en la calle comenzaba la sobremesa más fantástica que conocía a mis pocos años.

Sonrisas, alegría. Las manos en alto diciendo adiós.

Tambor y gaita, mulo, jamuga, terciopelo y oro, campanas, bandas y cohetes.

Una ilusión apasionada recorre el aire, ilusión que cala y contagia.

Recuerdos inolvidables de un día grandioso, festivo hasta el límite. Que llegaba como sangre de primavera renovada cada año.

El domingo, bien podía levantarme encontrando otra escena que volvía a romper el orden normal de las cosas.

Mi hermana, la hoy mayordoma, arreglándose temprano para hacer el camino a la grupa, despertando el sueño de los campos en aquella mañana luminosa de mayo. En el mismísimo centro de la primavera. Se arreglaba, componía su atuendo entero para un camino sin prisas, sin horarios, ni toque de salida.

Después llegaría el jinete a recogerla. El mismo que hoy, lleva el pecho cruzado por las bandas del Santo.

Y fui testigo infantil de una escena que a esa edad sobrecoge y embelesa.

La veo subir al caballo con un pie que le da mi padre. Con ese grácil movimiento que tienen las mujeres, se gira en el aire para quedar sentada firmemente mientras busca donde agarrarse.

Se ajustan la postura y luego se van, sonrientes romeros y contentos ante la recomendaciones de los que se quedan.

*“Ten cuidao por la rivera, ¡ay! Dios mió, San Benito, que no pase ná...”*. Dice mi madre.

En frente, mi padre miraba receloso como su joven hija despertaba, ante la llamada del amor terreno y del camino por andar.

Eran sus primeros años de peregrinos juntos, y poco podían imaginar, en ese momento que yo guardo en la memoria, que hoy, estarían aquí sentados como mayordomos de su función, vistiendo sus trajes y delante de su estandarte. Que enorme satisfacción sentís los mayordomos.

¿Hemos pensado alguna vez los que no lo hemos sido lo difícil que es ese cometido?

Es una tarea admirable de todos los que lo han sido.

Significa un vuelco radical en sus vidas, una sobrecarga grata. Es la más extraña mezcla de ilusión y sacrificio. Sacrificio por la enorme cantidad de tareas que recaen sobre sus espaldas y manos cada lunes de romería.

Ilusión, porque es la fuerza que ayuda a cumplirlas.

Misterios de la vida, como misterio tiene esta fiesta.

Mis primeros recuerdos del lunes, son de tardes cálidas esperando en el llano. Me llevaba mi padre, al que mando mi recuerdo emocionado y que ojalá hoy pudiera ver a su familia formar parte de esta mayordomía.



En ese lunes, él ya había rellenado su bota de vino y tenía preparada su “enzapatá” de habas.

Lo llevaba listo cada lunes en un ritual que le llenaba y le amenizaba la social espera.

Y allí esperábamos, tarde de sol de mayo, con el campo madurando.

No poca “murga”, tuvo que aguantar mi padre en esas tardes cuando días antes empezaba a pedirle que me buscara un burro para ir al llano a esperar a los caballos; en ese impulso que tenemos los cerreños de aprendizaje inevitable de sambenitero desde la cuna.

Y por no escucharme más, iba...

Iba a la Carrasca, a los Manantiales, a las Pulgas, a las Viñerías, a las Veredas.

A donde hiciese falta, iba a apalabrar un burro para el lunes “pá” que me callara.

Y ese lunes, después de toda la tarde y muchas vueltas a la cruz, arriba y abajo, por fin; allí, desde mi burro coronado de geranios, veía llegar la comitiva con el nuevo mayordomo.

Y la emoción volvía a hacerse patente.

Recuerdo su entrada con el ramo, con esa actitud triunfal, orgullosa. Casi chocando de lleno contra la humildad que predicaba el patrón.  
¿Será que las cosas son como se recuerdan?

Todo esto es una pequeña pincelada del bodegón colorista de mis recuerdos infantiles, de mis olores y sabores particulares, de juegos y peleas entre hermanos a la hora de la siesta por el caballo de caletín. Recuerdos de mi Cerro, mi semi edén particular donde todavía se respira a pueblo.

En silencio, sólo se escuchan los gorriones pero llegada la primavera, un sonido único, familiar, nos despierta y nos sitúa en una época determinada del año: MAYO.

Y al decir mayo, digo paredes encaladas, aires ya espesos y cálidos, delicado frasco que porta el más exótico perfume con la más pura y extraña mezcla de aromas. Canela, limón, tomillo, los jarales calentados por el sol, el humo de un leño ardiendo en la noche. Distintos olores a diferentes horas.

Por la mañana a cal, dulce al mediodía. Jarales, miel, Rosario, Cristo. “Aquí de noche, allí de día”.

Las más exóticas flores de mayo, para la más exótica raza a caballo, de enebro y brea, curtida por el sol sureño y plateada de luna.

Enriquecida con todas las culturas. Dando como resultado este atípico modo, de expresar un sentimiento tan palpable al entender y tan difícil de comprender Andévalo – Romería.

Ahora, ya de vuelta del sueño, y navegando por los cuarenta, he visto otra fiesta. Y aunque el tiempo cambia y todo con él, la boda de mayo, parece querer resistirse al tiempo.

La impaciencia porque llegue, por calzarte las botas, el temor al tiempo. ¿Qué día hará?, ¿lloverá?, ¿no lloverá!, ¿estará todo listo?, ¿no pasará nada?

Todo estará listo, sucederán cosas, a cada uno su historia, incluso alguien se ausentará para siempre.

El tiempo impertérito habrá pasado. Y solo la fiesta de mayo permanecerá, inalterable, imperecedera, radiante.

Como lo ha hecho a lo largo del tiempo y de la historia.

Tiempo e historia que merecen un homenaje.

Homenaje a la tierra, a la vieja sabiduría de la tierra y del hombre que la habitó.



A este áspero y robusto Andévalo, a estas tierras de monte, encina y siembra, reducto de calma inalterable. De paso, casi a ninguna parte hoy, pero rico y centro de los caminos antes; y homenaje a sus viejos moradores, aquellos que pidiendo y dando gracias

fueron haciendo el sendero paso a paso.

Sabiendo que “se hace camino al andar”.

Y dicen que anduvieron las cañadas y pedregales; cojos, mancos, enfermos, ciegos y tullidos buscando los milagros de este santo.

Rindiendo sus pobres fuerzas humanas al poder divino del Santo que en su fe les aliviaba.

Esa misma fe llenaba las paredes de su ermita con recuerdos y gracias de sus milagros y su bodega de grano.

Tiempos muy remotos en los que la fama milagrosa del Santo se había extendido y llegaban caminantes de toda la comarca y a veces desde más lejos.

Pero también pisaban estos campos los pastores venidos de otras tierras con su ganado. Formando un reguero de manadas, piaras y rebaños que llegaban, llenando las veredas hasta llegar al campo de Andévalo para que sus ricos encinares los alimentaran durante meses.

Por una u otra razón, muchos caminos conducían aquí, a las bondades del Andévalo, una tierra disputada por su enclave y su riqueza, por su paz, por su Santo.

Y como encrucijada de esos caminos, el mismísimo centro de su campo, “el alto”.

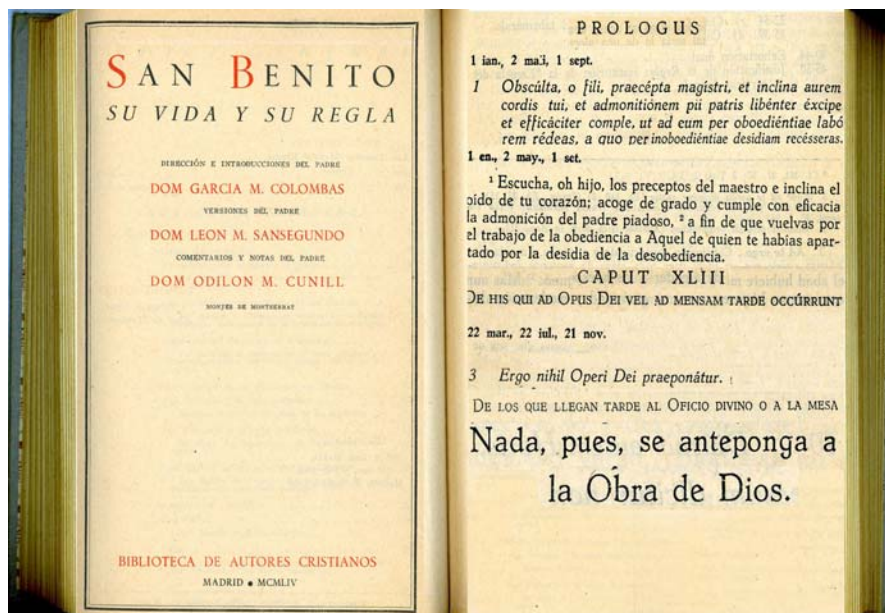
Cargado con una paz y una energía distinta, “el alto”, es históricamente inseparable del Andévalo.

Y en ese “alto”, desde tiempo inmemorial San Benito, patriarca de los monjes y de la regla que dirige sus vidas monacales.

Esta regla es la obra más perfecta del patriarca San Benito.

Sus mandatos de trabajo y de oración, de caridad, de humildad, de silencio y de obediencia.

La regla estuvo protegida y oculta durante siglos en una abadía sevillana.



Soñemos, que por esta cercanía, la influencia de la Regla del Santo, el monje modelo, se fue extendiendo, y sin saber exactamente cómo; llegó hasta nosotros.

Para enseñarnos hermandad, igualdad entre los hombres, para enseñarnos a ser fuertes y justos.

Paso a paso, el Santo Fuerte, desconocido por estas tierras, acaparó la devoción a golpe de milagro.

Parece que insistiera con ellos para ganarse el puesto de Patrón.

Su amparo amoroso nos libró de contagios, invasiones y mortandades.

Allí donde estaba él y su cruz ahuyentadora de demonios y males, hacía sentir seguros a los andevaleños de la época...  
...y así debió ser que fue afianzando la fe.

De todas maneras, mirando desde la óptica humana, ¡qué gran figura la de San Benito. Un hombre digno. Sabio, que amó sin límites. Tan elevado, tan cercano a Dios, tan perfecto y tan humilde. Con una mente prodigiosa. Capaz de ordenar la convivencia de los monjes y monjas creando unas reglas que aún con el paso del tiempo y de los tiempos siguen siendo referencia y guía.

Demostrando estar basadas en la humilde y lógica armonía. Base de la convivencia.

Si miramos dentro de nosotros, veremos varias de sus enseñanzas, que han calado hondo hasta instalarse en el carácter de los cerreños y en la idiosincrasia de este pueblo.

Somos gente austera, ese rasgo del monje más perfecto y fuerte está presente en nosotros y somos gente hospitalaria, como la regla de su orden. (Seguramente no lo suficiente, no somos tan buenos como él). Pero somos férreos en la devoción y leales en la promesa.

Rasgos y valores de esta tierra heredera tartésica, pero también fenicia, romana, celta, árabe y castellana; en ese empeño del hombre por hacer caminos y buscar derramando en el camino la esencia cultural que



la tierra empapa, para así mezclarse y formar ese entramado de saberes venidos de aquí y de allá. ¡Cuanta herencia ignorada!

Por eso, un respetuoso homenaje al tiempo, al camino andado y al saber acumulado en él.

Más de cuatrocientos años de hermandad.

Tal día como hoy, 3 de mayo, hace cuatrocientos trece años comenzó su historia la hermandad de San Benito.

Desde entonces hasta hoy muchos son los años y muchas las situaciones por las que ha atravesado, momentos favorables y de decaimiento, años de intenso culto y otros en los que apenas si se celebraba.

Momentos en los que se alzaba el estandarte públicamente y se pregonaba la devoción al Santo y otros en los que había que llevar las bandas en una alforja.

Años sin romería y las bandas en la calle Ejido, protegidas, y épocas florecientes como las de los últimos 50 años.

Esta hermandad ha visto su ermita reconstruida y de nuevo en ruinas varias veces.

*“Como quieres castillo que te alevante  
si te encuentro caído por todas partes”*

Pero esa unión de voluntades inquebrantables que ha sido y es la hermandad, la que formamos todos, ha sido capaz de resurgir de sus cenizas, de desaparecer y volver a crearse, guardando en la memoria este tesoro singular y único. Esta forma de rendirle culto al Patriarca San Benito, primero de las gentes del Andévalo y después de El Cerro desde que se lo arrebató a la comarca eligiéndolo y sentándolo como Patrón.

Rondaba el año 1667. Pero casi cien años antes, la hermandad ya cuidaba de él. Y continuaron haciéndolo, conscientes del valor que guardaban y como dice Pedro Cantero *“del mimo en el trato que necesita una tradición para pasar por encima de los tiempos y llegar hasta nosotros viva”*.

La hermandad y su gobierno. Reconocido y criticado en todas las épocas.

Algunos con mejor o peor voluntad, otros con más o menos aciertos. Unos con más críticas a su honradez y otros con menos.

Pero han sabido conducir este barco hasta aquí. O quizá ese merito haya que atribuírselo al culto popular que ha pervivido y sigue perviviendo.

Sea como sea, el valor de nuestra joya mejor conservada, original o rehecha es incalculable. Por lo hermosa, compleja y rica, por lo única.

No podemos olvidar que cada vez que una jamuguera se viste, lo hace aquí, y solo aquí.

Que cuando recibe un ramo de flores sobre una silla, vestida de nueva mayordoma lo hace aquí y solo aquí.

Un orgullo que hemos heredado los que hemos tenido la suerte de nacer, sambeniteros en esta tierra.

“Y lo llevo muy a gala”, intentando explicar fuera lo complejo de nuestra fiesta.

Una tarea difícil.

“Y lo llevo muy a gala” sensaciones como esta:

“El día de San Benito sale el sol por los corrales y el que no tiene caballo, anda loco por las calles”.

Me gustaría recordar una ocasión, una ocasión que yo no conocí, pero muchos de ustedes sí.

Me refiero a la entrada de manera rotunda y apoteósica, en la que decidió nuestro Santo, la imagen que hoy conocemos, hacer su entrada por primera vez, pisando las calles de este pueblo, allá por el año 54.

Después de un largo camino desde tierras muy lejanas, desde Valencia, donde el artista lo plasmó. Llegó rodeando montes, recorriendo valles, haciendo camino como siempre lo hizo. Siguiendo la senda férrea del tren.

Sus hermanos salieron a recibirle allá, al límite de sus campos, a la estación de El Cerro.

Acompañaron ciegamente a su figura oculta, embalada, cubierta hasta cruzar el arroyo de la fuente.

Y allí se presentó ante su pueblo, como un Moisés, derramó su profunda y perdida mirada entre sus gentes y comenzó a avivar la llama que años difíciles de guerras y de escasez habían frenado hasta el culto íntimo, privado.

En un paso prestado, derramando humildad; vino a hombros desde la fuente serrana hasta aquí.

Acompañado por un repique de campanas que le brindó esta gran torre cristiana. Repique que parecía presagiar la época floreciente que comenzaba.

El nuevo San Benito, la fuerza creadora de nuevo entre nosotros.

Pero meses antes, en su taller, ante la madera virgen y el dibujo de la antigua imagen quemada que le envió la hermandad, se preguntaba el artista ¿cómo habría de tallar tan notable figura? Un santo que se lleva la palma en prodigios. ¿Cómo dar imagen a tanta devoción?

Y la inspiración habló por boca del Santo, de sus ojos, lo único que no se quemó en aquel incendio, le dijo:

*Mira mis ojos, yo te guiaré.*

*Quiero que mantengas el báculo en mi mano para seguir siendo pastor, que detengas mis pasos para quedarme en el alto. Que coloques mi obra en mi costado y que mi mirada llegue mas allá, que derrame mi amparo que falta os hace.*

*Mal andáis por aquí abajo, guerras, odios, envidias, egoísmo, cada vez todo parece mas deshumanizado. Necesito que mi rostro remueva las consciencias y reviva mi palabra.*

¡Que torpes seguimos los hombres!

¿Después de tantos siglos aún no hemos aprendido que lo material es efímero? ¿Que el amor alimenta las almas y agiganta al ser humano?

*Yo me inicié, dijo la voz, y estuve cerca. Necesito que perpetúes mi obra y el sacrificio del Padre por ustedes.*

*Presto pues, gubias y pinceles. Yo te iré diciendo por donde se pliega mi hábito, hasta donde levantas mi cabeza para mirar al horizonte, te diré la fuerza que debes imprimir a la mano que sujeta mi Regla. Créame sin soledad de cuervo, ni privilegio de mitra, pero necesito que mis ojos iluminen solo de mirarlos, que demuestren su fuerza.*

*Para convertir, la caridad en ley, el amor en serenidad, y la humildad en simiente.*

*Necesito que os améis y que vuestras miradas sean luminosas y diáfanas, como la mía. Como las mañanas claras de mayo.*

Todo concluyó y así acabó el valenciano su obra, tallando una imagen nueva, distinta. Es cierto que no fue muy fiel...aquel valenciano que lo imaginó y creo, con la iconografía de San Benito de épocas anteriores.

Pero así lo queremos, porque así hemos aprendido a quererlo y no queremos dejar de encontrarnos con esa mirada.

Una imagen hecha como a la medida de su ermita, mirando al horizonte de sus campos y viendo ponerse el sol, como lo lleva haciendo desde hace 53 años que llegó.

Me gustaría haber sido aquel cerreño que lo vio aparecer subiendo la cuesta del Pozo Nuevo, a hombros, cohetes y algarabía.

Desde que vi a San Benito con las orejas tan grandes, me pasé por calle El Pozo y se lo dije a Andrés Vázquez.

Y este sonido ya nos llama....

Volveremos a ver al mayordomo paseando sus bandas barrocas marcadas como una cruz sobre su pecho camino de la ermita. Demostrando su devota lealtad, y ofreciéndole al Santo su corte ordenada en comitiva. La armonía que desprende la unión de la convivencia de todo un año con su mayordomía y con todo un pueblo que no le falla.



Volveremos a ver a la mayordoma subiéndose el sábado al mulo blanco. Los cerreños nos sobrecogemos ante esta escena. Cuando subida a una silla se eleva por el aire impulsada por brazos voluntarios y comienza la vuelta de despedida.

Volveremos a ver a la mujer cerreña salir vestida de jamuguera de su casa, como una novia airosa y radiante. Después de un año componiendo su traje, mimando cada detalle, de sus joyas, sus bordados, su sombrero, para lucir guapa y galana sobre su jamuga.



Y en frente la nobleza recia del lanzador, que solo presume de su banda, su lanza y su caballo. El resto de su esfuerzo es para lanzar, lanzar bien para el Santo y para su pueblo. Lanzar severo, delante, incansable, de frente, por debajo, como una serpiente sacrificada por el bien de la cruz. Ofreciendo el sudor de su esfuerzo, batiendo la tierra con catorce pies del monstruo que la cruz vencerá.

Ese es su orgullo, que todos le vean con el trabajo bien hecho y aprendido.



Y como ofrenda de pureza al Santo, llevaremos de nuevo la inocencia y el candor, vestida de silletín. Dos aprendices de damas para otras primaveras, pero que aportan hoy el frescor ilusionado y el seguro de vida de esta fiesta.



Volveremos a ver las caras felices, la sonrisa abierta de la despedida, reflejo de estar viviendo un momento grande.

Comprobaremos de nuevo lo viva que esta nuestra fiesta con la convivencia del camino.

Veremos de nuevo el campo que parece abrirle paso a la comitiva, como si la estuviera esperando con impaciencia todo el año. Como si las flores que se marchitan cada primavera, también dejarán su herencia a las siguientes de la magia del momento y estuvieran expectantes y ansiosas de ver pasar la romería.

Estandarte con siete espigas. Esmeraldas de fe para siete damas primaverales, con siete corazones en siete manojos.



Siete pechos que se agitan moviendo siete rosarios que tintinean chocando contra siete agnus, el paso de siete mulas del cabestro de siete caminantes y seguidas de siete lanzadores, para este año siete.

Y la caballería avanza, sin tregua, luchando por llegar antes que el sol, y poder despedirlo con las vueltas del real y ya desde el suelo verlo desaparecer por el horizonte de esta tierra donde el tiempo se detiene.

Y nos queda mucha romería por delante, volveremos a ver el temple y el paladar de esta fiesta. Rosario, cante, baile, dulce de cidra mañanero.

Caldo, procesión, poleo, cristo. Nuevo mayordomo, avellanas a voleo, despedida, camino y dulce.

Porque sé que todos somos de esta casta especial que siente, vibra y se enerva con solo decir San Benito.

Vivámosla.

Cuidémosla, hagamos ese camino que nos mantiene en vilo tantos días del año y cumplamos con una tradición centenaria que nos llena de orgullo y satisfacción y que no puede tener un motivo más noble:

Honrar a nuestro Santo Patrón

¡¡ VIVA SAN BENITO!!

¡¡ VIVA EL CERRO!!

